



Seix Barral

Joy Williams

Noventa y nueve cuentos divinos





Seix Barral Biblioteca Formentor

Joy Williams

Noventa y nueve cuentos divinos

Traducción del inglés por
Albert Fuentes

Título original: *Ninety-Nine Stories of God*

© Joy Williams, 2016

© por la traducción, Albert Fuentes, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: julio de 2025

ISBN: 978-84-322-4431-5

Depósito legal: B. 11.491-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Gómez Aparicio

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



1

Una mujer que sentía devoción por su madre y había llorado su muerte todos los días durante años encontró unas postales en una tienda de antigüedades y trastos viejos. Las postales mostraban panorámicas sin mayor interés, pero aun así le llamaron la atención y compró unas cuantas con playas vírgenes y caminos de bosque. Al llegar a casa, sintió la irrefrenable necesidad de enviarle una postal a su madre.

Lo que le escribió no era importante. La necesidad de hacerlo sí lo era.

Metió la postal en un sobre y la envió a la última dirección terrenal de su madre, una humilde casa de labranza que se había vendido hacía años y que con toda probabilidad ya había vuelto a cambiar de manos.

En el plazo de una semana recibió una carta; la letra del sobre era sin lugar a dudas la de su madre. Hasta la tinta verde que tanto le gustaba a su madre era la misma.

La mujer nunca abrió la carta y tampoco envió más postales a esa dirección.

La carta, andando el tiempo, si bien su existencia solo

era un rumor, provocó entre sus hijos, si bien ya eran mayores, una gran preocupación.

POSTAL

2

La criadora de pastores alemanes negros dijo que tenía el negocio en Sedona, un lugar de todos conocido por sus buenas vibraciones y su armoniosa honradez. Pero el criadero se encontraba en realidad en Jerome, a unos cincuenta kilómetros, un siniestro pueblo abandonado en lo alto de una enorme explotación minera de donde se había extraído cobre. El edificio más grande de Jerome era el viejo manicomio, ya en ruinas. El historiador local insistía en que, durante la edad de oro del pueblo, el manicomio había prestado servicio a toda la población y no solo a los enfermos y los atormentados, y que incluso habían nacido algunos niños entre sus muros.

Sea como fuere, el hecho de que el perro procediera de Jerome, y no de Sedona, era revelador, pensaba la gente.

Otra cosa que tal vez explicaba la conducta del perro era que su ama siempre llevaba puestas unas gafas de sol, de día y de noche. Al igual que todo el mundo, el perro nunca le había visto los ojos. Cuando la mujer recibía invitados, preparaba un gran cuenco lleno de gafas de sol

junto a la puerta de la casa y todos debían ponerse unas antes de entrar. Era más fácil que tener que encerrarlo en el dormitorio.

NOCHE*

* En español en el original. (*N. del t.*)

3

Un eminente humanista fue invitado a participar en un debate sobre los peligros y las posibilidades que entrañaría el descubrimiento de formas de vida inteligente en otros planetas. Sus comentarios, pese a que nadie objetó nada, fueron tan vehementes que más tarde los realizadores, a la luz de lo ocurrido, decidieron eliminar su intervención de la emisión del programa.

Los invitados coincidieron en que el descubrimiento de formas de vida inteligente en otros planetas era probable e incluso fundamental para el progreso de la humanidad, pero el meollo del debate fue si algunas de esas formas de vida descubiertas podrían eclipsar la inteligencia y la creatividad humanas.

El humanista, que era también un eminente profesor, sostenía que no íbamos a descubrir nada que pudiera componer una sinfonía, como tantos de nuestros brillantes compositores habían hecho, o siquiera ser capaz de *valorar* la sinfonía. La facultad de *valorar* la sinfonía se le antojaba tan o más importante que el acto de componerla.

El humanista/profesor se conmovió no poco al imaginar un mundo huérfano de seres humanos, circunstan-

cia en absoluto descartable y que podría darse como resultado de cualquier desastre desencadenado, todo hay que decirlo, por nuestras propias acciones. Eso era lo peor que cabía imaginar: mundos huérfanos de seres humanos, incluso si esos mundos estaban poblados de otras formas de vida inteligentes e innovadoras.

Después de la grabación, el humanista/profesor, que respondía al nombre de Charles Thaxter Ormand, cuyo acrónimo, en el mundo vibrante y en permanente evolución de los mensajes de texto, equivaldría a «Check This Out»,* se marchó a comer a un pequeño y muy buen restaurante de los muchos que había en la ciudad. Pidió el plato del día. Cuando se lo trajeron, entero y primorosamente cocinado y presentado, se tomó un momento para estudiarlo antes de consumirlo.

Con desasosiego, percibió el tenue sonido de una música hermosísima que procedía del plato. Era exquisita, gozosa y sin embargo desgarradora, un delicado remolino de gratitud y alabanza que se fue apagando paulatinamente hasta desaparecer.

Horrorizado, continuó contemplando la trucha que, según el camarero, había sido pescada hacía solo unas horas en un arroyo de montaña. Entonces, con un grito, corrió a la cocina, donde atacó al camarero y al chef con una plétora de utensilios pesados antes de que pudieran reducirlo e ingresarlo en el psiquiátrico más cercano para tenerlo en observación. Allí, sus desvaríos sobre la trucha eran *valorados* del mismo modo que los desvaríos de cualquier otro lunático.

ALBADA

* «Fíjate en esto.» (*N. del t.*)

4

Passing Clouds* era la marca de cigarrillos predilecta de la gran contralto inglesa Kathleen Ferrier. Según uno de sus primeros maestros, su magnífica voz se debía a «una asombrosa cavidad en la parte posterior de su garganta». Esa era la única explicación a la pureza y potencia de su voz.

Cerca del final de su corta vida, Ferrier cantó la sinfonía de Mahler *La canción de la tierra*. Morimos, pero la vida es nueva, eternamente nueva, era la extática convicción de Mahler. La naturaleza se renueva año tras año... por siempre.

Ferrier concluyó entre lágrimas *La canción de la tierra*; tan desconsolada estaba que omitió el «*ewig*» final, el «siempre» final.

CAVIDAD

* Marca de cigarrillos ya desaparecida cuyo nombre podría traducirse como «Nubes pasajeras». (*N. del t.*)

5

Cierto día Kafka se hizo vegetariano.

Más tarde, mientras visitaba un acuario en Berlín, les habló a los peces a través del cristal.

—Ahora por fin puedo miraros en paz; ya no os como.

NO OBSTANTE